

Almuerzo caro

Tres transeúntes almorzaron en una posada y se pusieron en camino.

—Oye, muchachos, ¿no nos habrá salido caro el almuerzo?

—Pues yo, aunque pagué caro —dijo uno—, ¡al menos no fue en vano!

—¿Y eso?

—¿Acaso no se dieron cuenta? Cada vez que el dueño se distraía, agarraba un puñado de sal del salero y ¡a la boca, a la boca!